

de poder acercar á la inocente criatura á las benéficas aguas bautismales.

La virginal esposa y el enamorado galán veían imposible la realización de sus ensueños de amor, pues ignoraban cuánto se prolongarían los efectos del entredicho, y cuándo el sacerdote daría á su enlace la indispensable bendición.

El mísero enfermo se estremecía en el lecho de sus padecimientos, espantado de que la muerte llegase sin darle tiempo á recibir los últimos cristianos sacramentos, puente de salvación tendido por el catolicismo sobre los abismos que separan este valle de lágrimas de los alcázares de la eterna felicidad.

En cumplimiento de su deber, los frailes y clérigos habían acatado la prohibición del obispo para que no salieran de sus casas, y en vano la vista de los atribulados fieles buscaba en la misma soledad de las calles el amado hábito azul de los humildes y venerables franciscanos.

Los naturales de estos países, apenas afirmados en la nueva fe, contemplaban con espanto el abandono de los templos y la ausencia de sus ministros, y se aterraban al encontrarse olvidados á la vez por sus antiguos idolátricos dioses y por el nuevo y verdadero Salvador.

En pocos días todas las nuevas supersticiones volvieron á nacer, y bajo el influjo del mal espíritu, que en su obra de impiedad se recreaba, el terror de los más pusilánimes fué á sacar del polvo en que yacían las figuras de los ídolos aztecas.

Y como si en efecto hubiera para ellos llegado el día de la rehabilitación, el viejo y deforme sacerdote Ixtaol-zín, á quien no habrán olvidado nuestros lectores, apa-

Capítulo V

El mayor suplicio

UA Cuaresma continuaba avanzando y los templos de la ciudad permanecían *yermos y despoblados*, sin que la voz de los sacerdotes se escuchase bajo la sagrada techumbre, conmemorando los grandiosos sucesos del augusto misterio de la Redención del linaje humano.

Las conciencias timoratas, que en aquellos tiempos de fe y entusiasmo religiosos éranlo las de todas las gentes honradas, veían con espanto cerradas las puertas del tribunal de la penitencia, en que siempre habían encontrado, en cambio de su contrición, la suspirada remisión de sus pecados.

Las madres infelices recibían á sus recién nacidos hijos con llanto de amargo desconsuelo, en vez de grandísimas sonrisas, porque veían pasar los días sin esperanza

reció de nuevo entre los escombros de la maltratada gruta de la diosa Toci en el cerro del Tepeyac.

En vano el venerable custodio Fray Martín de Valencia había pretendido que la luz se hiciese en los antros de la conciencia del sacerdote azteca.

Condenado, en justo castigo de sus culpas horribles, á una duda más horrible todavía, Ixtaolzín no quería convencerse de la impotencia de sus monstruosos ídolos, ni del poder de la religión victoriosa, predicada por los misioneros.

Fray Martín predicábale sin cesar y sin que jamás se agotara su cristiana elocuencia, sobre los dogmas y misterios del catolicismo, y cuando más cierto creía su triunfo, la duda sobrevenía en el alma de Ixtaolzín y el rebelde carácter del enérgico azteca se negaba á la evidencia y le impedía confesarse vencido.

Aquella lucha heróica terminó escapándose Ixtaolzín á donde nadie pudiese seguir ni volver á dar con él.

Fray Martín le buscó durante varios días, registrando una por una las cavidades y las arrugas del Tepeyac.

Pero su trabajo fué infructuoso, pues no pudo dar con él.

Entonces el custodio, después de consultar con el obispo y con sus hermanos de la orden, hizo construir en el Tepeyac una pequeña ermita, en la cual elevó modesto altar á la reina de los Angeles.

En aquella ermita se entregó el custodio á las más crueles penitencias y á las más fervientes oraciones, encaminando unas y otras al único fin de lograr por intercesión de la Santísima Virgen la conversión del desventurado sacerdote azteca.

Y así pasaron los meses y los años sin que gente alguna hubiera vuelto á ver á Ixtaolzín.

Casi todo el mundo le creyó muerto al peso de su ancianidad: casi todo el mundo, menos Fray Martín de Valencia, que estaba seguro de que Dios habría de concederle el bien supremo de permitirle hacer entrar en el redil del Señor aquella alma en que tan firme presa había hecho el demonio.

Y Fray Martín esperaba bien.

Ixtaolzín no había muerto.

Vivía y vivía en las entrañas de aquel cerro que amaba como jamás hombre alguno ha amado el pedazo de tierra que de base sirve á sus plantas.

A falta de los ojos que á su rostro faltaban, Ixtaolzín supo encontrar con los del cariño que ponderamos, la antigua abertura del camino subterráneo que á la gruta conducía.

Pero cuán tremendo cambio había en ella operado la espantosa explosión de la pólvora, acumulada por el sacerdote en sus oscuras galerías.

Sólo él hubiera podido reconocerlas entre aquella informe agrupación de rocas y tierra.

Mas, una vez convencido de que algo quedaba del antiguo templo, su perdido vigor renació con inmensurable energía, y resolvió morir allí, olvidado del mundo y lejos de todo humano sér.

Tomado así su partido, sin otro auxilio que el de sus manos fué amontonando tras de sí los peñascos y tierra que le estorbaban el paso, y con ellos fué cerrando la abertura por la cual había penetrado.

Al cabo de muchos días de trabajo incesante, logró llegar á un espacio libre, dejando tras de sí una costra de

piedra y tierra que formaban una muralla de muchas varas de espesor.

Sus fuerzas comenzaron á abandonarle, y al fin cayó medio muerto en la tumba por él elegida.

Pero la naturaleza se sobrepone á todo, y el sacerdote volvió á levantarse en busca de algún alimento, pues el hambre le atormentaba de un modo indecible.

Y buscó y buscó con febril actividad y sus manos se hundieron de pronto en un montón de granos de maíz.

Había dado con un depósito de comestibles por él mismo acumulados en la gruta.

Cuando más adelante fué conocido este suceso por las gentes, los más piadosos lo atribuyeron á un milagro de la Divina Providencia, que de este modo quiso conservar la vida del sacerdote azteca.

Nosotros por nuestra parte nada queremos decir, y preferimos dejarlo al buen juicio de nuestros lectores.

La Iglesia católica no admite otros milagros que aquellos de los cuales logra obtener inequívocos comprobantes.

¿Pero acaso Dios no ha obrado otros milagros que los que en el inmenso catálogo de ellos autoriza la Iglesia?

Sí; Dios ha obrado y continúa obrando cada día nuevos y patentes milagros, y todos tenemos en nuestra vida alguno que referir.

El autor de esta historia conoce un episodio de un honrado padre de familia, que justifica su creencia de que los milagros se siguen obrando en estos como en otros tiempos.

Pero sucede con los que hoy realiza la bondad de Dios que la imbécil filosofía actual los atribuye á la casualidad y no á la Providencia.

Sucede también que aquel á quien Dios favorece con uno de esos milagros, lo calla ó reserva por miedo á las burlas y provocativas sonrisas de los descreídos, al contrario de lo que, en los tiempos en que la fe no era vista como una debilidad, hacían los creyentes.

En aquellos días nadie se avergonzaba de solicitar la protección de Dios, ni de publicar los beneficios de su Providencia Divina.

Hoy los hombres se avergüenzan de esto y encuentran preferible solicitarlos, con sacrificio de su dignidad, de los poderosos de la tierra, y para obtenerlos se humillan y rebajan hasta la más abyecta adulación, sin que nadie se atreva á censurar su rebajamiento, que es titulado por los tontos *ciencia de saber vivir* y conocimiento práctico del mundo.

Lo extraordinario, lo que por sus circunstancias especiales no pueden explicárselo nuestros filósofos, es llamado por ellos *casualidad*.

¡Casualidad! cuestión de nombre.

Para los hombres de corazón, y nótese que intencionalmente no digo *creyentes*, esa casualidad será siempre la Providencia de Dios.

Al llamarla Dios ó la Providencia, encontrarán al menos un Sér al cual pueden darle gracias, que es una de las mayores satisfacciones que el hombre de recto corazón puede en su vida disfrutar.

¡Feliz aquel en cuyo corazón quedan restos de religiosa piedad!

En las tormentas de la vida se naufraga sin remedio si nos falta la piedad, brújula maravillosa de las creencias.

En la hora de la desgracia indecible consuelo es tener

un Dios cuyo favor implorar; en la hora de felicidad es complemento de ella tener también un Dios al cual rendir acción de gracias.

Quien ninguna de estas necesidades siente, una vez en la vida no dejará de ser un canalla.

El hombre no debe considerar que exista nada superior á él, verá á sus semejantes con estúpido desdén; y si la ocasión se le ofrece, desconocerá sus deberes para con sus semejantes, desconocerá hasta los beneficios recibidos, desconocerá toda clase de lazos políticos y sociales, y renegará hasta de su misma madre, y será en el mundo un insolente, un ingrato, un inconsecuente, un parricida, un sár, en fin, inútil y perjudicial á la sociedad.

Compadezcamos á esos infelices.

Su castigo se dilatará más ó menos; pero al fin caerá sobre ellos.

Delitos de la naturaleza de estos á que nos referimos son siempre castigados en esta vida y en presencia de los que de ellos fueron testigos.

Semillas de esta especie siempre dan inmediata cosecha.

Capítulo VI

La antigua leyenda

YOLVAMOS á Ixtaolzín, al cual dejamos hundiendo sus manos en uno de los depósitos por el formado en la célebre gruta del Tepeyac.

Aquel hallazgo fué su salvación y le dió alientos y energía suficientes para continuar su improbable tarea de convertir su guarida en regular y seguro asilo.

Contribuyó á sostener su vida, proveyéndole del aire indispensable, y facilitó en extremo el término de sus fatigas la conservación de uno de los pozos ó cañones por los esclavos del sacerdote abiertos, para el servicio interior del templo.

Dicho cañón ó pozo no se había obstruido por completo y bastó á Ixtaolzín ensancharle, para disponer de una salida cuya existencia era punto menos que imposible sospechar.

Para mayor garantía, Ixtaolzín no volvió á salir de su gruta sino á las altas horas de la noche, cuando podía estar seguro de que ningún hombre viviente podría sorprenderle.

A aquellas avanzadas horas, el sacerdote dejaba su guarida y bajaba á proveerse de agua á las orillas del lago, en cuyas márgenes encontraba en abundancia el *ahuauhlli*, especie de *cabial* formado por los huevos que en gran abundancia depositan sobre los juncos del lago unas moscas que llaman *axayacatl*.

Recogía también una sustancia fangosa que sobrenada en las aguas del lago, y que una vez seca se conserva largo tiempo y tiene sabor muy parecido al del queso.

En su oscuro retiro Ixtaolzín se consagró por entero á la meditación y al recogimiento de su espíritu, y el tiempo pasó sin que llegara á verse libre del tormento horrible de la duda á que parecía condenado.

Cien veces en sus momentos de solitaria expansión estuvo tentado de correr en busca de Fray Martín, único español por quien llegó á sentir algo semejante al afecto.

Pero tan pronto como tomaba aquella resolución, tan pronto desistía de ella y luchaba por vencerla.

Y era que le intimidaba el talento y la elocuencia sin rival del venerable franciscano.

Temía que lograrse convencerle con la fuerza de los argumentos que de un modo sencillo, natural, espontáneo, oponía á sus dudas el misionero.

Y es que Fray Martín de Valencia fué uno de los más ilustres varones que propagaron el cristianismo de la Nueva España.

Ocasión hemos tenido ya de referir algunos de los hechos de aquella vida ejemplar, que á contar de la fecha

de los sucesos cuyo relato hacemos, tan próxima estaba á su fin.

Así como precedió al Sr. Zumárraga en su apostolado en estas regiones y en reprimir con fuerte mano los excesos y abusos de los gobernadores civiles, también le precedió en la muerte que á uno y á otro había de abrir las puertas del alcázar de la felicidad.

Concluida la prelación, que por segunda vez se le confió, de los frailes franciscanos de Nueva España, se retiró á Tlalmanalco, de donde frecuentemente iba al oratorio que había hecho en una cueva del monte de *Amecameca*, que después ha sido lugar de mucho culto y veneración. Sintiéndose enfermo en aquella ermita, volvió á Tlalmanalco, y conociendo los religiosos que le acompañaban que el mal era grave, dispusieron trasladarle á México, á donde no pudo llegar, pues en el embarcadero de *Ajotzingo*, ya puesto en la canoa para venir por la laguna, se hizo sacar á tierra, é hincado de rodillas, con los ojos fijos en el cielo, espiró en brazos de Fray Antonio Ortiz que le acompañaba, exclamando: *Fraudatus sum á desiderio meo*, «Ha sido frustrado mi deseo,»— haciendo relación al que tenía de pasar á China para sufrir el martirio predicando el Evangelio. Su muerte ocurrió el año de 1534. Su cadáver se condujo al convento de Tlalmanalco, donde fué sepultado (1).

El año á que se refieren los sucesos que son materia de este capítulo Fray Martín vivía aún.

En pié estaba, pues, todavía el temible campeón del sacerdote azteca, que hacia él se sentía atraído por la necesidad de concluir de una vez para siempre con sus

(1) D. Lucas Alamán. *Disertaciones. Propagación del Cristianismo.*

dudas, y del cual se alejaba por miedo de que aquellas dudas se resolvieran en perjuicio de sus viejos ídolos.

Desgraciadamente para él, en el inmenso catálogo de ellos estaba el legendario personaje *rubio barbado* que con el nombre de *Quetzalcoatl* todo el imperio azteca había adorado en los altares de los *teocallis*.

En los primeros capítulos de esta obra referimos á nuestros lectores la leyenda de *Quetzalcoatl* y explicamos su simbolismo y escuchamos á los heróicos sitiados de la capital anatematizar á *Quetzalcoatl* y ensalzar á *Tezcaltlipoca*, la dignidad rival de aquélla.

Dicen, en efecto, los pormenores de aquella leyenda que envidioso *Tezcaltlipoca* del esplendor y poderío de *Quetzalcoatl*, rey y gran sacerdote de los Toltecas, y no pudiendo vencerle en franca lucha y en abierto campo, apeló á la astucia para lograr su ruina.

Y sabiendo de él que era un hombre frugal, moderado y ejemplar en la práctica y ejercicio de la virtud, buscó el modo de hacerle odioso á sí mismo embriagándole con el *octli* ó pulque.

Lo consiguió al fin, no sin haber tenido mucho que luchar, y *Quetzalcoatl* se embriagó hasta quedarse enteramente dormido.

Cuando despertó púsose triste y la vergüenza oprimió su corazón y dijo: «Me he embriagado, he delinquido: nada podrá quitar la mancha que oscurece mi nombre.»

Y sin que nadie pudiese hacerle apartar de su determinación, *Quetzalcoatl* abandonó sus palacios y su reino y caminó hasta la orilla del mar y desapareció allí donde las verdes aguas se confundieron en una línea con el azul de los cielos.

Desde allí habló á los suyos quejándose de la infame

superchería de *Tezcaltlipoca*, y predijo la ruina del vencedor y la venganza del vencido: de una y otra se encargarían ciertos hombres blancos y barbados como él, que serían sus descendientes.

Después *Quetzalcoatl* se retiró prometiendo volver.

Hé aquí como con brillante estilo pinta un ilustre historiador mexicano (1), la vuelta de *Quetzalcoatl*:

«Apareció Cortés con sus naves en las costas del imperio: para Moctezuma no podía caber duda de que el que llegaba era el mismo *Quetzalcoatl*; confirmábanlo en su idea los pronósticos y prodigios: é idea fué también de su pueblo, pues habiendo reunido en consejo á los principales de su reino, decidieron todos que se enviasen embajadores con presentes á su Dios.

»Y fueron los embajadores, y entregaron los presentes y vistieron á Cortés con el mismo traje de *Quetzalcoatl*.

»La conquista estaba moralmente hecha: los pueblos odiaban á México, á quien pagaban pesado tributo de frutos y de sangre, en el camino de Cortés estaban los Tlaxcaltecas, adiestrados ya en la guerra sagrada, Moctezuma y su pueblo se inclinaban agobiados por los pronósticos y los prodigios.

»Solamente faltaba un hombre de corazón valiente y de genio audaz, para ser el instrumento de la suerte, y Cortés tenía el valor del soldado y la audacia del genio.

»Sucedió lo que tenía que suceder: los pueblos se le alzaron con el enemigo común: el ejército tlaxcalteca lo acompañó á *Tenochtitlán*, y el mismo Motecuhzoma le abrió las puertas de la ciudad.

(1) Alfredo Chavero. *Explicación del códice geroglífico de Mr. Aubin.*

»Poco después el rey estaba preso: *Tezcatlipoca* estaba en poder de *Quetzalcoatl*.

»¡Extraña coincidencia! enfrente del templo del primer dios, estaba el cuartel de Cortés: solamente los separaba lo que hoy es calle de Santa Teresa; cincuenta pies de anchura.

»Pero el pueblo *mexica* recobró el aliento, alzóse en son de guerra contra el cuartel y Cortés decidió salir de la ciudad.

»*Quetzalcoatl* huyó, pero *Tezcatlipoca* había quedado vencido.

»En vano el pueblo *mexica* sigue al bravo Cuitlahuac, á cortar el paso en Otompán á los fugitivos; *Quetzalcoatl* triunfa.

»En vano el heroico Cuahtemoc, águila que cae, definiendo la ciudad palmo á palmo, no abandonando una casa hasta que es una ruina, no abandonando un templo hasta que es un incendio, sobre esos escombros humeantes, tumba de una ciudad, de una raza y de una civilización, se levanta victorioso Cortés, el último *Quetzalcoatl*.

»Allí estuvieron á la conquista de la ciudad los pueblos sacrificados por los *mexica*, á su culto bárbaro de sangre: los llevaba el deseo de la venganza, sin comprender que conquistaban su propia ruina: allí estaban las repúblicas que sostenían la guerra sagrada, que iban sin pensarlo á destruir su propia religión; y allí estaban los hijos de *Quetzalcoatl* á quienes viejas supersticiones hacían invencibles.

»Todos los elementos que el fanatismo *mexica* había acumulado para sobreponerse se habían convertido en armas para destruirlo.

»La religión *nahoa* nació con la hermosa lucha astronómica de *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl*: la última lucha acabó con ella.

»¡Misterios de una raza y de su prodigioso destino!»

Mas por lo mismo que así lo comprendía, Ixtaolzín no quería dejarse vencer por la evidencia.

Esta especie de íntima rebeldía es muy común en los caracteres fuertes y enérgicos, sobre los cuales pesa con fuerza bruta la fatalidad.

El destello de su Divinidad que Dios puso en el hombre al darle un alma que á Él le asemejase, suele ser parte muy principal de esta rebeldía, cuando por desgracia la soberbia se niega á aceptar de buen grado el freno moderador de la humildad.

Disculpemos al hombre, en gracia de su propia pequeñez.

Jamás ninguno de ellos fué creado tan bello y perfecto como Luzbel; pero como la suma perfección sólo de Dios es absoluto, Luzbel no pudo sustraerse al influjo de la soberbia, y en justo castigo de ello el Omnipotente le condenó á ser el prototipo de la fealdad y la imperfección.

Pero en desquite de la pequeñez del hombre, Dios concedió á la humana criatura lo que su justicia soberana negó al ángel rebelde.

El derecho de elevarse hasta él por la contricción y el arrepentimiento.

¡Dichosos aquellos que saben aprovechar á tiempo este derecho, quizá el más grande de los que nos ha otorgado su infinita misericordia!

Capítulo VII

El nuevo lazarillo

ENCONTRÁNDOSE Ixtaolzín en la difícil perplejidad de que hemos tratado de dar idea, ocurrieron en la capital los escandalosos sucesos que motivaron la cesación *à divinis* y el entredicho impuestos á la ciudad por el señor Zumárraga.

Cuando el sacerdote azteca se enteró de la conmoción por ellos producida, inmenso grito de júbilo se escapó de su pecho, que al fin se veía libre del peso que sobre él ejercía el triunfo de la religión enemiga.

Haciendo á un lado todo temor quiso ir á la ciudad á enterarse personalmente de la marcha y accidentes de aquella penosa crisis.

Disfrazóse con el traje humilde de mendigo, cubrió las huecas cavidades de sus ojos con una venda, y durante la noche salió de su guarida y siguiendo el camino de

Cuautilán se sentó á la orilla de él á esperar que amaneciese y comenzaran á circular por la amplia senda los indios trajineros.

Pronto un aire frío y cortante le anunció la proximidad de la madrugada, y la fineza de su oído, aquilatada por la carencia de la vista, percibió el chancleteo de los *cacles* ó sandalias de los indios.

Ixtaolzín se tiró en tierra con bien fingida desesperación y con alaridos de dolor llamó hacia sí la atención de los transeúntes.

El grupo de indios corrió en auxilio del supuesto infeliz, y con voces compasivas le preguntaron la causa de su dolor.

Ixtaolzín les refirió como habíale abandonado el muchachuelo que servíale de lazarillo, cansado de acompañarle en sus diarias fatigas de implorar la caridad pública, en vista de lo poco productivo del oficio.

¿Pero cuál otro podía abrazar un miserable anciano ciego?

Y de tal modo supo el astuto sacerdote enternecer á sus oyentes, que todos ellos le brindaron su protección, le entregaron una pequeña cantidad de dinero y le ofrecieron para lazarillo un muchacho de edad de doce años que les acompañaba.

Este muchacho llamábase Bautista, y era hijo de uno de los guerreros tlaxcaltecas que acompañaron á Cortés en el sitio y toma de México.

En una de las acciones de aquel memorable sitio, murió el padre de Bautista en lo más recio del combate y dentro de los límites de la heroica ciudad.

La mujer del guerrero llevando en brazos á su hijo quiso buscar el cadáver de su amado para darle sepul-

tura, y denodadamente entró en la plaza sitiada desafiando todas las iras del enemigo.

Su acción le costó la vida, pues un soldado la dió muerte sobre el cadáver mismo del esposo, y fué lo más sensible el que con el mismo golpe de *macana* que á la madre quitó la vida, cortó un brazo á la infeliz y desgraciada criatura.

Recogió á ésta el soldado asesino, movido á compasión, y por uno de esos milagros de que frecuentemente nos da ejemplo la naturaleza, el niño no murió y al fin se vió curado de su horrible mutilación.

No sabemos cómo ni cuándo el niño fué llevado á Cuautitlán y allí, pasando de unas á otras manos, creció y vivió sustentado por la caridad de los moradores del pueblo, y de los misioneros franciscanos que le instruyeron en la doctrina cristiana, cabiéndole el honor de que le administrara las aguas del bautismo el venerable y ejemplar franciscano Fray Toribio Motolinia.

Sin ser por ello un perverso, Bautista no fué nunca más que un vagabundo, inclinado á la holgazanería y á la pereza, y como por su mutilación apenas para ningún trabajo servía, los indios que al socorro de Ixtaolzin acudieron, encontraron una excelente ocasión para deshacerse del muchacho, haciendo un bien al supuesto mendigo, y proporcionándole una ocupación.

Ixtaolzin quedó muy contento con el don que hacíanle los compasivos indios, quienes por haberse detenido más de lo regular se despidieron de él, dejándole encomendado á Bautista.

Le bastó para ganársele, hablarle con cariño, halagar sus hábitos de vagancia y cederle el total de la limosna que los indios habíale hecho.

—¿Cómo es eso?—preguntó Bautista sorprendido y alegre,—¿me das estas monedas para mí?

—Sí, te las doy, hijo mío.

—¿Pero no me las quitarás después, aunque las necesites?

—No, no te las quitaré, porque te las he dado para tí, y porque yo no las necesito.

—Buena es esa! pues no has dicho que mi predecesor te habia abandonado porque no recogias la limosna suficiente para tí y para él?

—Sí que lo dije.

—Entonces...

—No te asombres de esto: los mendigos tenemos que exagerar siempre nuestro infortunio para mejor excitar la compasión.

—Comprendo, comprendo,—replicó Bautista riendo picarescamente,—creo que tú y yo vamos á hacer muy buenas amistades, y espero que me tratarás bien y me darás una parte de tus ganancias, pues la verdad es que, siendo como soy manco, yo también he de inspirar compasión á las gentes, que nos darán, sin duda, doble limosna: ¿no es verdad?

—Vaya si lo es, hijo mío: además que si eres bueno conmigo nunca te ha de faltar más de lo que necesites, pues en cierta parte que yo me sé tengo escondidas algunas monedas de oro con las cuales se compra todo lo que se quiere.

—¡Monedas de oro!—repitió Bautista sorprendido más y más cada vez,—creerás que nunca he tenido ni una sola en mi mano? ¡Oh! ¡qué gusto! ¡qué gusto tengo de haber entrado á tu servicio!

Ya estaba yo fastidiado de vivir en la eterna miseria en que hasta hoy he vivido.

¿Pero que le había de hacer?

Las gentes que acaban de ponerme á tu servicio son unos pobres *mazehuales*, es decir, lo más ínfimo de la clase de naturales, como nos llaman los españoles, y viven del miserable salario que les pagan por servir de bestias de carga.

Bastante hacían los pobres, pues me daban de comer. Pero yo siempre he tenido aspiraciones.

Sin duda las tengo en la masa de la sangre, como es justo que suceda á quien como yo es hijo, á lo que dicen, de un noble guerrero tlaxcalteca.

Y á propósito, y sin que te enfades, me parece que eres casi tan viejo como un *nahuatl*.

—Es cierto, hijo mío, es cierto, pero, como ves aun estoy fuerte y vigoroso.

—Así es la verdad, pero volviendo á la idea que me ha venido al fijarme en tu vejez, quizás tú hayas conocido á mi padre.

—Pudiera ser muy bien, ¿sabes como se llamaba?

—No, no lo sé; pero hay un *mazehualtl* en Cuautitlan, que creo que lo sabe: yo te prometo preguntárselo.

—¿Y por qué quieres saber si yo le conozco?

—¿Por qué?

—Sí.

—Pues es muy sencillo, ¿quién quita que mi padre, pues era noble, hubiese poseído tierras y otros bienes que yo pudiera reclamar?

—¿Reclamar!...

—Sí, por cierto, mi padre fué aliado de los españoles, murió por ellos, y los españoles suelen no ser ingratos con los que en aquellos días les sirvieron.

—Puede que tengas razón.

—Vaya si puedo tenerla. Ya verás, ya verás; yo te prometo que si me ayudas á recobrar esos bienes, no has de tener necesidad de volver á pedir limosna.

—Mucho te agradezco, hijo mío, tus buenas intenciones, y te prometo ayudarte á lo que desees conseguir.

Pero vamos andando, hijo mío; quiero llegar á México lo más pronto posible: con que así, vé guiándome.

Bautista se paró frente á frente de Ixtaolzín, y mirándole fijamente y con la mayor malicia, le preguntó:

—Pero qué, ¿eres realmente ciego?

Ixtaolzín se arrancó su venda y con voz desesperada respondió:

—Míralo: ¡desgraciadamente si lo soy!

Al ver las vacías cavidades de aquellos ojos, Bautista retrocedió horrorizado, y exclamó:

—¡Ah! ¡pobre de tí! ¡sí lo eres! pero nada temas, me has simpatizado, te quiero por el cariño y la franqueza con que me has hablado, y mis ojos serán para tí lo que los tuyos mismos serían: ¡te lo juro!

Ixtaolzín se sintió emocionado con las palabras de Bautista, y así se lo dijo con nuevas promesas de afecto y protección, y dejándose guiar por el muchacho, ambos siguieron la calzada que á México conducía.

Hablando siempre sobre el mismo asunto, Ixtaolzín, que dijo á Bautista llamarse José, le preguntó:

—¿Quién es el *mazehualtl* que sabe el nombre de tu padre?

—Un viejo á quien llaman *Juan Bernardino*.

—No le conozco.

—Lo creo: como al bautizarnos los misioneros á todos nos cambian los nombres, no es fácil que los unos á los otros nos reconozcamos.

No sé el nombre mexicano que antes de bautizarle llevaría, y sólo le conozco por el de Juan Bernardino, que es como él dice llamarse y todos le nombramos.

Pero es un buen viejo, de carácter dulce y amable, que tiene en el pueblo de *Tolpetlac* un sobrino también bautizado, á quien llaman *Juan Diego*.

—¿Juan Diego?

—Sí, Juan Diego, ¿le conoces?

—Personalmente no le conozco, pero sí de nombre: creo que muchas veces se lo he oído nombrar á los padres franciscanos de la iglesia de *Tlaltelulco*.

—Pues, sin duda es el mismo, porque, en efecto, los franciscanos le quieren y distinguen mucho, pues desde que le bautizó Fray Toribio de Motolinia, Juan Diego se ha hecho notable por su devoción á la Santísima Virgen que nos han traído los españoles.

Su devoción es tan grande que por tal de entregarse en cuerpo y alma á ella, casi no cuida ya de sus tierras é intereses, de los cuales se ocupa mucho más su tío Juan Bernardino.

Y con todo que el pueblo de *Tolpetlac*, que es el de su domicilio, está distante del de *Tlaltelulco* más de dos leguas, Juan Diego primero dejará de comer, que de madrugar todos los sábados para ir á dicho *Tlaltelulco* á oír la misa cantada de Nuestra Señora y la explicación de la doctrina cristiana que en ese día se hace á los *neófitos*, como los padres nos llaman.

—Sí, ya recuerdo: los franciscanos ponen de ejemplo á todos los *neófitos* á ese Juan Diego.

—Muy justo es que así lo hagan. Juan Diego es un buen hombre,—replicó el muchacho Bautista.

Capítulo VIII

El ciego mendigo

XTAOLZÍN, sin quererlo y contra su voluntad, no recibió bien el sencillo y sincero elogio que de Juan Diego acababa de hacer Bautista.

—Veo,—dijo,—que quieres mucho á ese Juan Diego.

—Es la verdad,—contestó Bautista,—y con gusto habría entrado á su servicio, si no fuera porque en su casa no se pasa muy bien que digamos la vida.

—¿Sí? ¿y por qué?

—Porque por efecto de su devoción, Juan Diego hasta de comer se olvida, y yo por todo paso menos por aguantar hambres.

Pero ya se ve; Juan Diego es capaz de todo eso y mucho más.

Figúrate tú que desde que se hizo cristiano no volvió á tocar á su mujer que era una muy buena mujer y muy hermosa, á quien llamaban María Lucía.

—¿Cómo? ¿por qué dices *llamaban*?

Digo que llamaban porque va á ser un año que murió.

Era repito, una buena mujer, y todos aseguran que murió en completo estado de pureza.

Ambos esposos se decidieron á guardar esa pureza después de haber oído un sermón de Motolinía, el cual, hablando de las excelencias de la virtud de la castidad, enseñó que ésta cabía dentro del matrimonio, como lo demostraron la Santa Virgen María y el Señor San José.

Desde entonces Juan Diego y María Lucía vivieron más como hermanos que como marido y mujer.

Desde la muerte de María Lucía, Juan Diego se ha entregado por completo á las prácticas de su devoción, y entretenido con ellas, te lo repito, hasta de comer se olvida y hace toda clase de penitencias, y también lleva sobre sus carnes uno de esos cinturones que los frailes llaman *cilicios*, y alguna vez he visto yo que debajo de ese *cilicio* le falta la piel del cuerpo y manan gotas de sangre.

—¿Y de eso te admiras tú?—preguntó Ixtaolzin sin poder moderar el enojo con que á Bautista oía hacer el elogio de Juan Diego.

¿No has oído decir de tus antepasados que en espiciación de sus culpas, ó para disponerse dignamente á celebrar las fiestas religiosas, maltrataban sus carnes como si fueran insensibles y vertían su sangre como si fuera un líquido superfluo?

¿No te han dicho que en el gran teocalli había un estanque, llamado *Ezapán*, por tener siempre sus aguas teñidas con la sangre que de sus cuerpos se sacaban los

sacerdotes, clavándose en ellas agudas espinas de maguey?

Vamos, hijo mío; veo que de poco te admiras.

Dices que Juan Diego hasta de comer se olvida muchos días; pues sábetete que en las grandes calamidades públicas, los sacerdotes de México se pasaban hasta nueve y diez meses y á veces un año privados de toda comunicación y sin otro alimento que maíz crudo y agua.

No, Bautista, los cristianos no pueden amar á sus dioses más que lo que tus padres amaron á los suyos.

—Sabes,—replicó Bautista admirado de lo que Ixtaolzin le decía,—¿sabes que aunque has sido bautizado y te llamas José no pareces muy excelente cristiano?

—Y aunque así fuese en efecto ¿tendría algo de particular que siendo tan viejo como lo soy, no haya podido perder el amor á nuestros antiguos dioses?

—No lo tiene por lo que á tu vejez hace, pero si consideras que para nada nos han servido...

—¿Y tú que sabes de eso, criatura?

—Poco, pero lo bastante para poder formarme juicio: ya ves tú como trataron á mis padres y á mismo.

—¿Y qué querías que hicieran nuestros dioses si tus padres eran aliados de los españoles?

—Sí, pero eran tlaxaltecas, es decir, víctimas de la tiranía espantosa de los mexicanos.

¿Qué querías que ellos hiciesen sino aliarse con los que en nombre de *Quetzalcoatl* venían á matar á aquellos tiranos y restablecer el antiguo y humano culto de los *tolteca* destruído por los *mexica*?

—En ese caso *Quetzalcoatl* y no los dioses *mexica* fué quien dió mal pago á tus padres.

—Por esa y otras injusticias es por lo que *Quetzalcoatl*

fué vencido á su vez con la nueva religión de Jesucristo Crucificado. *Quetzalcoatl* era también adorado por los *mexica* en sus templos.

—Veo,—observó Ixtaolzín procurando desviar la conversación,—que no has aprovechado mal las lecciones de los frailes, que no saben elogiar su religión sin deprimir á la nuestra: has aprendido de memoria esas lecciones.

Pero después de todo ya estás viendo lo que vale para sus mismos fieles la religión de Cristo Crucificado.

Los obispos, como los españoles llaman á sus grandes sacerdotes, son y se tratan como unos miserables pordioseros, y de tan poco poder gozan y tan mal son respetados, que los gobernadores Matienzo y Delgadillo, con todo y no ser reyes ni mucho menos, los golpean á lanzazos y lo mismo hacen caso de ellos que de los *juiles* de la acequia.

No dirás que yo invento nada en contra suya.

La Audiencia los ha atropellado como á perros; les ha ahorcado á un clérigo; les ha impuesto tanto miedo que les ha hecho abandonar sus iglesias y sus templos, y ni la Audiencia se ha asustado de su obra ni ese Dios terrible y justiciero de que nos hablan ha lanzado sobre los oidores los rayos de su cólera, ni los ha castigado de ninguna manera.

En cambio los que sufren, los que verdaderamente están alarmados, son los vecinos de la capital, que sin tener parte alguna en los delitos de los oidores, son los que están sufriendo las consecuencias.

Las últimas palabras del astuto sacerdote azteca dejaron confundido y pensativo al pobre muchacho, que no queriendo sin embargo darse por vencido observó:

—¿Y acaso sabes tú la causa de todo eso?

—Si la sé:—replicó Ixtaolzín, animándose por grados, —si la sé y voy á decírtela.

Todo esto es obra de nuestros antiguos dioses.

¿Creías tú que se habían dejado vencer por el Dios cristiano?

Te engañas, Bautista.

Su supuesto vencimiento no ha sido más que el castigo justo de los delitos y falta de confianza en ellos de nuestra nación.

El conquistador Hernán Cortés fué un impostor que quiso aplicarse en su provecho la leyenda de *Quetzalcoatl*.

El débil y supersticioso Moctezuma fué quien más que otro individuo de su imperio contribuyó á desmoralizar el espíritu de su pueblo, dando asenso á aquella falsa creencia.

En vano los sacerdotes aztecas trataron de infundir la convicción contraria en aquel carácter que el abuso de los placeres de su fastuosa corte, había hecho cobarde y pusilánime.

Todos le vimos temblar con supersticioso terror en los infaustos momentos en que contra el consejo de los más prudentes salió á recibir con todo el fausto de su imperial magnificencia al supuesto *Quetzalcoatl* español.

Yo estaba allí aquel memorable día y pude ver que el gran espíritu que moraba en ídolo de nuestro Dios Huitzilopochtli, salía de él con irritación y enojo y se perdía en la bóveda azul de los cielos, después de haber hecho un signo de amenaza.

Y lo que con aquel signo quiso dar á entender no tardó en verse cumplido.

Moctezuma, despreciado y escarnecido por su mismo pueblo, murió cautivo de los españoles, y el pueblo, la nación entera se vió abandonada por sus dioses.

—Injustos fueron esos dioses,—observó Bautista,—puesto que abandonaron á un pueblo que supo despreciar y escarnecer á su mismo emperador, cuando le vió vendido á los españoles.

—¡No fueron tal!—exclamó colérico Ixtaolzín,—no lo fueron, y bien mereció el pueblo el abandono en que se vió, puesto que uniéndose á los españoles, hizóse reo del mismo crimen que á Moctezuma costó la vida y la corona.

Aquel pueblo, aquella nación, estaban pervertidos, y los dioses les dejaron correr á su ruina, esperando que algún día los mismos delincuentes llegarían á convencerse de su funesto error.

Ese día ha llegado ya.

Tú lo ves, yo lo veo, todos pueden verlo.

La nueva religión, la religión de Cristo Crucificado, ningún bien ha traído al pueblo conquistado.

Los naturales, así nos llaman los españoles, somos más desgraciados aún de lo que lo fuimos bajo el imperio del tirano Moctezuma.

Todos estamos reducidos á la más espantosa esclavitud.

Cada *encomendero* es un verdugo que nos mata para sustentarse y enriquecerse con nuestro sudor y nuestro trabajo.

Quien de ellos nos pone sobre la frente el infamante hierro de la esclavitud.

Quien otro nos cambia por los más viles animales.

Este lanza sobre nosotros sus horribles y espantosos

perros, á los cuales han enseñado á cazarnos como á bestias feroces.

Aquel toma para su recreo nuestras mujeres y nuestras hijas, y las acostumbra á preferirlos á nosotros.

Y de estos y de otros crímenes que contra nosotros cometen ¿quiénes nos defienden, á quienes nos dan para que nos protejan?

A esos pobrisimos, viejos y débiles frailes, de tan humilde condición, de tan escaso poder y valimiento, que por no tener ninguno viven de la limosna y visten ordinárisimos sayales.

No sucedía otro tanto en tiempo de nuestros dioses, cuyos sacerdotes eran tan grandes é importantes personajes que con la mayor facilidad pasaban del altar al trono como lo hizo Moctezuma, y su opinión pesaba tanto sobre los destinos del pueblo que ellos y sólo ellos gobernaban la nación.

Y era que nuestros dioses tenían un poder que el Dios Cristiano no tiene; era que nuestro gran *Huitzolopochilli* fué un día en la tierra nuestro caudillo y primer jefe guerrero, mientras que el Dios Católico fué tan humilde hombre que sin tratar de defenderse se dejó prender y matar por sus enemigos, pidiendo perdón por ellos.

No, hijo mío, el Dios Cristiano no puede ser nuestro Dios, porque carece de poder para defendernos.

Hé aquí lo que nuestros Dioses han querido hacernos ver: la inferioridad del Dios Cristiano.

Reneguemos, pues de él y volvamos el corazón á nuestros dioses mexicanos.

Su enemigo está derrotado por los mismos españoles que nos le trajeron.

Nunca mejor ocasión puede ofrecérsenos para rehabilitar á los nuestros.

Ayúdame tú á ello, Bautista; levantemos sobre sus aras á nuestros dioses, antes que los restos que aun existen de nuestra poderosa nación, hayan seguido el ejemplo de apostasía que les da ese *Juan Diego* que tú admiras.

Dicho esto, Ixtaolín calló fatigado por el exceso de su exaltación.

Capítulo IX

Ultimos días de poder

CUANDO dominada creían tener á la suerte los oidores, pues con todo y el conflicto por ellos provocado el espíritu público no se levantó contra ellos, ni trató de hundirlos en el polvo del que nunca debieron haber salido, conmovió al reino entero la noticia de un suceso que iba á mudar como por ensalmo el aspecto de la gobernación de la Nueva España.

Suceso providencial fué aquel, pues de otro modo no es fácil imaginarse lo que hubiera sido de aquella misera nación.

Trabajado aquel pueblo por el infortunio y la desgracia, á uno y á otro había sucumbido llegando, al último extremo de la impotencia, esto es, al de no tener fuerza para más que para lamentarse.

¡Ay del pueblo que á extremo tal se mira reducido!
Su falta de energía, el conocimiento de su debilidad,

no habrán de servirle más que para acrecer la insolencia de sus verdugos y opresores.

Cuanto más maltratan éstos á los pueblos, más los pueblos deben vigorizar y unirse en nombre del interés común.

Sólo así podrán, en cuanto la propicia ocasión se les presente, escalar las alturas á que la soberbia haya levantado al tirano y desde ellas derribarlo y hacer cesar su maléfico poderío.

Cuando se abusa de las quejas y es en ellas abuso no rebelarse contra el origen de esas quejas, el tirano se acostumbra á no darles valor, á despreciarlas.

¡Y pobre del pueblo al cual desprecian sus gobernantes! Vivirá en eterna esclavitud y será borrado del catálogo de las naciones, si la Providencia no acude en su auxilio por una especie de milagro.

Sus gobernantes irán siendo más miserables y bajos cada vez, y al malo sucederá el peor, y al peor el pésimo.

Así fué como después de la opresión estúpida de Salazar y Chirinos, pesó sobre la Nueva España la de Nuño de Guzmán y Matienzo y Delgadillo.

Su historia, que apenas hemos bosquejado en estas páginas, será una eterna lección para todo pueblo que á sí mismo se respete y desee evitar situaciones semejantes.

Ya hemos visto á Delgadillo y Matienzo desafiando con inicua insolencia á todos los poderes de cualquiera clase que fuesen, que osaban contrariar sus caprichos y condenar sus abusos.

Y á mayor extremo hubiesen llegado, si como al principio de este capítulo dijimos, no hubiera ocurrido en aquellos días un suceso de inmensa importancia.

Fué el caso que por más que Hernán Cortés quiso dar cumplimiento á la orden de la emperatriz para que no se adelantase á la nueva Audiencia en llegar á Nueva España, después de dos meses que en vano la esperó en la isla Española, tuvo al cabo de embarcarse para su destino por no serle posible atender por más tiempo á los gastos de su comitiva, y el 15 de Julio de aquel año de 1530 arribó al puerto de Veracruz.

La nueva de su arribo alegró á todo el reino, que cansado de las crueldades del presidente y oidores, con la venida del marqués entró en esperanza de librarse de ellos.

El gusto fué completo cuando se supo que trás del marqués vendría una nueva Audiencia á gobernar el reino.

Matienzo y Delgadillo creyeron ó fingieron creer que el cambio de Audiencia no sería tan radical que envolviese su destitución, y antes bien pensaron, y así lo dijeron, que lo más que la córte habria hecho sería haber nombrado dos nuevos oidores en sustitución de Maldonado y Parada, que fallecieron al llegar, como ya dijimos, y un presidente en propiedad, pues Nuño de Guzmán habíalo sido sólo con carácter de interino.

Si la córte así lo hubiese hecho, Delgadillo y Matienzo habrían continuado en sus puestos, garantizados de este modo contra las venganzas de sus enemigos.

D. Hernando procuró desde luego desengañarlos, comunicándoles los nombramientos hechos por la emperatriz; pero lejos de intimidarse con el peligro que tan próximo tenían, todavía hicieron desesperados esfuerzos para no disminuir en un ápice los abusos del poder que tan malamente ejercían.

Dirigieron sus primeros tiros contra el mismo marqués, utilizando para ello una imprudencia del conquistador, quien, valido de su título de capitán general, comenzó á ejercer actos de jurisdicción señorial en los términos que abarcaba la concesión que habíale hecho el emperador de veintitres ciudades y lugares, todos muy poblados y ricos, con sus aldeas, vecinos, jurisdicción civil y criminal, tributos y demás gajes y prerogativas.

En virtud de esta concesión D. Hernando pasó á tomar posesión del pueblo de Rinconada, próximo al puerto, y como fuese que á los oidores nada aun se les hubiese ordenado por la córte, creyeren estar en su perfecto derecho para estorbarlo é incontinenti despacharon á Pablo Mexía, alcalde de Veracruz, orden bastante fuerte para anular aquel acto.

Hizolo así el alcalde, sin que el marqués, conociendo su error, se opusiera en lo más mínimo, pero no lo tomaron tan bien como él la muchedumbre de sus enemigos, tanto españoles como naturales, que á la noticia de su arribo habian acudido como en romería á ver y saludar á D. Hernando y exponerle sus quejas y pedirle el remedio de los males que sufrían.

Sin duda estos sus amigos y partidarios hicieron ó dijeron algo que alarmó á los oidores, ó éstos tomaron por pretexto para desahogar su encono la muchedumbre de personas de todas clases y condiciones que acudido había á dar la bienvenida al marqués, el hecho es que Delgadillo y Matienzo trataron de hacerle prender y aun pensaron en encausarle y remitirle á España por alborotador del reino.

Mas no siéndoles fácil consumir aquel atropello, exasperados por su enojo y más aun por la envidia que les

causó el entusiasmo con que se celebraba el regreso del héroe, dieron un pregón para que cuantos habían ido á ver al marqués, volvieran inmediatamente á sus casas, prohibiendo además que los indios le llevaran víveres, con lo cual pusieronle en tal aprieto que en la *relación de sus servicios* dicho dejó el mismo Cortés, que á consecuencia del pregón padecieron gran necesidad todos los de su comitiva y aun murieron más de doscientas personas, entre ellas D.^a Catalina Pizarro, madre del conquistador.

Con relación á este pasaje dice un historiador: «En esto hay exageración evidente. Si hubo tantas muertes serían ocasionadas probablemente por la enfermedad de aclimatación, que solía hacer terribles estragos en los españoles (1).»

Por aquella, por esta ó por cualquiera otra causa, el marqués decidió salir de Veracruz y trasladarse, como lo hizo, con brillante comitiva á la ciudad de Tlaxcala, que no fué menos expresiva que los demás pueblos en el entusiasta recibimiento que le hizo.

Esta acogida franca y sincera le consoló en parte del disgusto que experimentó en Veracruz al recibir una cédula de la emperatriz, dada en *Torrelaguna*, en cuya cédula, no aprobando el que se hubiera puesto en marcha, se le prevenía que no entrase en la capital hasta tanto que llegara la Nueva Audiencia.

Fué portador de esta cédula el comendador Proaño, alguacil mayor de la Audiencia, pues Delgadillo, sin respetar el sello real había abierto el pliego y enterádose de

(1) D. Joaquín García Icazbalceta.
Tomo II

su contenido, que procuró divulgar para mortificar así á aquel grande hombre.

De Tlaxcala pasó á Tezcoco, dónde, como dice el historiador antes citado, se formó una nueva corte más concurrida que la de México: tantas eran las personas que iban á visitar al marqués y á buscar su sombra.

Los indios, que por más motivos de resentimiento que contra D. Hernando tuviesen, no podían quejarse de él de tantas atrocidades y atropellos como sufrido habían de los oficiales reales y de la primera Audiencia, uniéronse á él con firmeza y decisión, y le ofrecieron combatir á su lado contra los oidores con la misma fidelidad con que habíale ayudado á destruir el poder de Moctezuma.

El marqués no aceptó sus proposiciones, y antes por el contrario les rogó depusieran toda hostil actitud que pudiese aparecer como una rebelión contra el emperador castellano.

Hízoles ver que aquella situación ya no había de prolongarse mucho, porque el augusto monarca, atento al bien de sus pueblos y al adelanto y la tranquilidad de sus nuevos y vastos dominios, decidido había darle un gobierno que dignamente representase su real persona, y promoviese y afirmase la felicidad general.

Desde Tezcoco el marqués dió cumplida respuesta á la cédula de la emperatriz, excusándose de no haber esperado en Sevilla á la Audiencia, conforme habíasele prevenido.

La necesidad habíale compelido á darse antes á la vela.

Llegado á la Nueva España había hallado que sus bienes habían sido vendidos en almoneda, y por lo mismo lo pasaba con estrechez.

«Me han dejado,—decía en una carta,—sin tener de dónde haya una hanega de pan ni otra cosa que me mantenga; y demás de esto porque los naturales de la tierra, con el amor que siempre me han tenido, vista mi necesidad y que yo y los que conmigo traía, nos moríamos de hambre, como de hecho se han muerto más de cien personas de las que en mi compañía traje, por falta de refrigerios y necesidad de provisiones, me venían á ver y me proveían de algunas cosas de bastimento, enviaban los dichos oidores alguaciles á prender á los dichos naturales que conmigo estaban, á fin que no me proveyesen y se les diese á entender que yo no era parte para nada en la tierra.»

Pero acostumbrados estaban los oidores á no respetar nada ni á nadie y poca importancia daban á las acusaciones que de su conducta pudiesen hacerse.

Bastábales conservar aún en sus manos las riendas de gobierno, para mantenerse en su soberbia y su insolencia.

D. Hernando era su enemigo y á él debían su desgracia ante la corte.

Era necesario aprovechar los pocos instantes que sin duda quedábanles, para vengarse de su enemigo.